

BOLIVIA CRÓNICA DE UNA INSURRECCIÓN SEÑORIAL

Rafael Bautista S.

I

Una oligarquía que ve seriamente resentida su hegemonía, acude primero a recomponer ésta de modo discursivo; es decir, retóricamente busca recomponer su hegemonía cooptando a su favor una situación revolucionaria. Subsumiendo el discurso revolucionario (que cuestiona explícitamente la dominación y la injusticia) mixtifica toda crítica y la instrumentaliza para perfeccionar de mejor modo su dominación. Cuando el discurso revolucionario queda atrapado en los esquemas conservadores asistimos a una recomposición de la hegemonía dominante. La nueva situación y las nuevas perspectivas se diluyen en la aceptación inevitable de lo establecido; toda esperanza queda aplazada y las utopías son denunciadas desde el realismo cínico del beneficiario de la dominación. Por eso las oligarquías salen siempre de sus crisis robando a los oprimidos sus banderas de lucha y apareciendo después como sus redentores. La lógica de la inversión es la lógica que adopta el que transforma la liberación en justificación de la dominación; así se toma lo nuevo que aparece y se lo domestica bajo los esquemas establecidos: nadie derrama vino nuevo en odres viejos, pero un discurso de dominación siempre hace eso. Pertinente con este discurso actúa también una política que manipula toda rebelión, de modo que todos sus propósitos se diluyen en una simple “resolución de conflictos” (donde la justicia y el hambre son asunto de beneficencia, no de ciencia). El proceder del sistema opera en toda esta suerte de praxis política instrumental y se sigue recomponiendo por la “domesticación” de la crítica y la rebelión.

Así opera una oligarquía cuando tiene capacidad, no sólo de retórica, sino de argumentación; la inclusión es posible si las argucias intelectuales todavía funcionan, si pueden todavía aglutinar en torno a ella misma (y a sus valores) al conjunto de la nación que dice representar. Porque la oligarquía pretende siempre fundar todo proceso de liberación bajo su perspectiva histórica; de ese modo, todo proceso de liberación lo asume como producto de su propia emancipación. Por eso la oligarquía boliviana trató infructuosamente de cooptar hace unos meses a la Constituyente como fruto de su emancipación criollo-racista-eurocéntrica, y derivar las transformaciones de sus estructuras políticas y jurídicas en la conservación de su legalidad y su sistema institucional. Tal como procedió el MNR, derivando la revolución del 52 en un nuevo y más refinado sometimiento; desde entonces nuestra dependencia se hizo tácita y siempre tuvimos que golpear las puertas de la embajada gringa para pedirles permiso de tener algo de lo nuestro (hace poco el embajador Goldberg tuvo que retractarse

ante el gobierno boliviano, cosa inédita en nuestra historia, lo que demuestra que las cosas sí están cambiando, y en serio).

Pero cuando la oligarquía pierde la capacidad de cooptación, es cuando opta por desenmascararse y mostrar lo que en realidad es: fascismo. Porque una hegemonía ficticia (la estatua de bronce con pies de barro) tiene siempre como último recurso la violencia, que demuestra la imposición nunca legítima de su presencia. Eso es lo que aparece en Santa Cruz y ocurre en Sucre. Aunque la ceguera es evidente en la sedición *camba*¹, en Sucre sucede todavía una suerte de aglutinación simbólica, donde el provincianismo de plazuela acude, de modo ignaro, a cruces inquisitoriales y “cédulas reales” para justificar pretensiones de nuevo rico. Esa asunción simbólica muestra el pasado que reclaman y la clase de ley que prescribe su inconsciente: es la ilusión monárquica que pide la devolución de sus títulos, la santificación de sus fracasos históricos y la regresión de toda aspiración nacional-popular a sus propias aspiraciones mezquinas de balcón y apellido rimbombante. Por eso el nuevo rico que aparece en el espectro político adopta los símbolos monárquicos realistas del dominio español que sufrimos, porque su afán es también dominar y por eso adopta el pasado del dominador para reivindicar sus afanes provincianos. Por eso vuelve, de modo retrógrado, a las cruces potentadas de la inquisición, aquellas que marcaban en el Nuevo Mundo a marranos, conversos, indios y todos los “herejes” perseguidos por la cristiandad española, racismo mundial que se produjo en el primer imperio moderno.

El nuevo rico que aparece abraza el neoliberalismo como forma de vida y hace de su moral el credo que justifica acabar con todo y con todos. Es un individuo deformado en el egoísmo, presentado como interés privado, que establece su derecho como el único posible; maleducado en la acumulación y la ganancia extraordinaria, no sabe otra forma de perder que hacer perder a todos, es decir, si él pierde algo los demás deben perder todo. Esa es una moral propia de la mafia: destruir todo, que no quede piedra sobre piedra. Por eso opta por la desintegración y la desaparición del país, para lo que se apoya en intereses extranjeros, como siempre se apoya aquel que no tiene respaldo interno: clama por la intervención extranjera, que es, en definitiva, la que sostiene una hegemonía construida a partir del visto bueno del imperio y el capital transnacional. Por eso este nuevo rico jamás podrá constituirse como burguesía (aunque pretenda, su

¹ *Camba* es el apelativo que se le da a la población de Santa Cruz (nota del editor).

dependencia es la que hace imposible este proyecto), porque no es ni siquiera consciente de lo que eso significa; adocinado en la dependencia sistemática, estima como lo único conveniente para sus propósitos, servir del mejor modo posible al capital transnacional, sin pensar que eso mismo significa el nulo desarrollo de su propia independencia. Por eso vive pendiente de lo que se le ofrezca al capital extranjero, para brindarle todo lo que contenga esta tierra, como sucede con los madereros del oriente (entre ellos el dueño de la red UNITEL), a quienes no les preocupa deforestar inmensas extensiones de tierra boliviana, mientras sigan cumpliendo la demanda de carbón vegetal que reclaman empresas como la EBX del Brasil. Estos nuevos ricos no tienen ninguna proyección nacional, porque sus mezquinas pretensiones no conciben algo que no sea su propio beneficio; por eso se atrincheran ahora, para defender los espacios que se asignaron ellos mismos en una disgregación político-administrativa de este país, sobre todo de prefecturas.

Desde esa descomposición, preparada en los gobiernos del Goni y su pupilo Mesa, operada por los actuales prefectos de la "media luna", atentan a la integridad nacional y preparan la destrucción de un país que ya no es más su hacienda (por eso amenazan con declarar su independencia, es decir, la autonomía *de facto*). Esta mentalidad es la que pervivió en la idiosincrasia de quienes gobernaron este país, por eso Víctor Paz Estenssoro decía que Bolivia se nos muere, cuando el moribundo era él y su proyecto. El país moría para ellos porque se les escapaba de las manos, y el remedio (que ni siquiera imaginaban ellos, sino sus asesores gringos) era prometer todo de nuevo para seguir robando siempre; su dependencia les imposibilitaba imaginar otra suerte para este país que no fuera abrirle las puertas al capital transnacional, ya que nunca fueron actores reales y siempre persiguieron la subordinación como forma de vida. Deslumbrados por el mito de la conquista, nunca se propusieron el esfuerzo como mediación para conseguir sus ambiciones, de modo que todo era extender la mano. Su quimera siempre consistió en el mito del excedente sin el menor esfuerzo, en esperar que todo les sea entregado en bandeja de plata o de gas (para correr la voz y que vengan los de afuera a premiarles la presteza); por eso nunca imaginaron un patrón de desarrollo, una política exterior de Estado, una independencia económica, una soberanía digna. Por eso no es raro que los neoliberales cívicos de Sucre conciban que el desarrollo de su región consista en una pura acumulación burocrática, en tener el poder en sus manos. Afán típico de patrón que, látigo en mano, cree que la superioridad se mide con la presunción de poder y títulos; prejuicio propio de caballero medieval, que exhibía la pompa de su rango en la cantidad extravagante de servidumbre y en el gasto irracional. Los cívicos de Sucre no quieren desarrollo, sino ostentación de poder. Pero no lo quieren porque sí, sino para hacer imposible cualquier cambio.

Pero el poder no es algo que se posee. Es, en última instancia, la voluntad de vivir que expresa el pueblo en tanto sujeto



histórico. Por eso el pueblo es el sujeto constituyente, que se brinda las constituciones que cree necesarias para producir, reproducir, desarrollar y ampliar la vida de toda esta comunidad política llamada Bolivia. Reconociendo al sujeto, reconocemos su memoria y reconocemos lo que proyecta: la emancipación criolla es nada frente a la liberación real de los oprimidos (por los criollos). Cuando la oligarquía muestra su cara fascista es cuando ya no hay posibilidad de cooptación, y es cuando apuesta por "todo o nada"; curiosamente, la misma consigna de los "capitalistas" de Sucre: lógica del que ha tenido siempre todo. El "todo o nada" es una consigna sin moral, que busca aquel que apuesta al suicidio colectivo: la única forma de perder es que todos pierdan. Y es la cara fascista hecha discurso, frente al cual no hay argumento posible, porque el "todo o nada" no escucha nada ni acepta nada, sólo el todo. Si no hay todo para el inconforme, entonces que todos se conformen con la nada que procurará éste. La dilatación en la Asamblea Constituyente y el atentado contra ella en Sucre, evidencia una intransigencia dispuesta a la destrucción de todo. Esta intransigencia muestra la verdadera cara de una idiosincrasia que gobernó este país en los últimos veinte años; irresponsable y ciega ante las consecuencias que desatan sus fallos: si destruye a todos no sobrevive nadie para demostrarle su error.

II

El desarrollo moderno o la actual globalización, en el mediano plazo, significa una carrera por el suicidio colectivo. Por eso no es raro lo que acontece en Sucre y demuestra una mentalidad que está dispuesta a acabar con todo, antes de perder algo ella. Es una mentalidad que tiene 2000 años de historia, por eso el tamaño de su ceguera es histórico; permanece escondida en el inconsciente colectivo y se activa cuando las crisis remueven la estabilidad de sus certidumbres y creencias. San Agustín, ya en el siglo V,

decía a propósito de la frase cristiana “y Dios se hizo hombre” que, por voluntad divina, “fuéramos dioses por participación y no por rebelión”. El teólogo del imperio justifica al imperio, pues éste siempre busca la obediencia vía sometimiento, demonizando toda rebelión y divinizando al imperio. Cuando el imperio toma el lugar de Dios y la religión se hace su portavoz, lo que la religión declara ya no es palabra de Dios sino retórica del imperio. Se invierte, de ese modo, una religión de los pobres y los desposeídos. Una teología de liberación, como fue el cristianismo de los primeros siglos, aparece justificando al imperio. El Dios que “se hizo hombre” es ahora servidor del imperio y, como servidor, no puede rebelarse, sólo someterse; por eso las crucifixiones no acaban con el Mesías, sino que siguen a lo largo de la historia de la cristiandad, tanto en el viejo como en el Nuevo Mundo. La iglesia es la que administra la “ciudad de Caín” y es la que interpreta y justifica las acciones del imperio, siempre en nombre de Dios. Como imperio, busca expandirse, dominar, y la justificación que sostiene esta voluntad de dominio se hace siempre en nombre de Dios. El Mesías declaraba que su reino no era de este mundo, ahora el reino de este mundo somete al Mesías como garante de su dominio. La gloria de Dios es ahora gloria del imperio y consiste en la conquista de todo el mundo. El dios del bien se transforma en dios del mal y su apetito cobra como 50 millones de víctimas en su primera expansión fuera de Europa: la conquista del Nuevo Mundo; porque la gloria de Dios también se mide en riquezas, de modo que se conquistan para Dios los lugares donde haya riquezas. Así como antes se llevaba “la civilización” a lugares ricos en plata u oro, ahora se lleva “libertad y democracia” a lugares que preferentemente tengan petróleo o gas.

Este tipo de mentalidad interpreta que la conquista de la tierra para Dios es recompensada por las riquezas que se obtienen en dicha conquista; sus actos se justifican porque al perseguir la gloria de Dios, el premio a recibir es siempre todo, por eso no se persigue algo sino todo. Una vez devaluado el Mesías en el Kristos del imperio y secularizado el dios medieval por medio de las ciencias y la filosofía modernas, la conquista ya no necesita justificarse teológicamente; ahora la conquista se justifica retóricamente, pues es en nombre de los valores de la sociedad moderna que se cometen crucifixiones de pueblos enteros: en nombre de la libertad se persigue, en nombre de la democracia se financian dictaduras, en nombre de los derechos humanos se los viola, en nombre del libre mercado se cierran las fronteras a la humanidad, etcétera.

La recompensa es inmensa para quien hace uso de tal violencia y esa recompensa se interpreta como retribución divina. Este tipo de mentalidad es la que imagina un “choque de civilizaciones” o un “eje del mal”. La defensa intransigente de la legalidad neoliberal adopta inconscientemente un maniqueísmo imposible de enfrentar de modo racional. Una situación de diálogo es sólo posible desde el respeto soberano de la dignidad de la humanidad del otro. Esto supone una

honesto y seria pretensión de comunicatividad; es decir, de no usar el diálogo para instrumentalizar al oponente, sino para escuchar y aprender y ceder (“ceder es entender”, dice el canciller Choquehuanca). Pero esto es imposible si el diálogo está digitado en nuestro caso por el racismo criollo de la oligarquía boliviana –capitaneada ahora por el sector más fascista del país: la oligarquía cambia– y por un encubierto interés en destruir todo intento de revisar siquiera las estructuras jurídicas y políticas de este país. Se trata de una lógica del rapto: se rapta todo el proceso de cambios y como pago nos exigen renunciar a todo cambio.

Nuestra situación es difícil: padecer un orden de cinco siglos de exclusión y negación sistemáticos y el renacimiento irrevocable de las aspiraciones más justas de todas nuestras generaciones. Por eso, desde el lado del pueblo, lo que se argumenta no es una mera retórica –de las que nos tienen acostumbrados los doctorcitos de los medios de comunicación– sino que muestra la profunda esperanza de restaurar una base significativa para una nueva forma de existencia en la cual todos “vivan bien”. Lo que vemos en Sucre o Santa Cruz es, como en la época nazi, la refutación radical de todo aquello que es esencialmente digno y sagrado: la humanidad de toda persona. El racismo declarado de la oligarquía y sus reclutados por los medios, es la negación de la humanidad del otro y antesala de la destrucción que desate la derecha política, en su afán de aniquilación, siempre en nombre de todo aquello que ella misma socava.

El racismo manifiesto que estalla contra la Asamblea Constituyente y el presidente indio no es un desvarío fascista, sino que expresa la dominación moderna. La experiencia del conquistador europeo es constitutivamente racista y es su formalización, a través de las ciencias y la filosofía lo que clasifica a la población mundial, con la consecuente división del trabajo. De ese modo nunca fuimos sino tierra a disposición, mano de obra sobrante, hasta depósito de desechos y, ahora, población prescindible, cuya desaparición es un costo más que puede asumir el capital transnacional. Estas víctimas que produce el capital, gracias a la categoría de raza, son transformadas en inferiores; de modo que la violencia cometida contra ellos ya no es violencia sino “un bien que se les hace”: si el inferior no reconoce la autoridad del superior es por barbarie e incultura, lo cual merece un castigo ejemplar, que se realiza por el propio bien de su raza, para que aprenda a someterse a la autoridad de su señor.

El fascismo nazi, en realidad, no negó al Kristos; sino que, en su nombre, desató una violencia de tal magnitud que hace necesario buscar en la sedimentación histórica que constituye la subjetividad europea, su origen. Lo que hay detrás de esa violencia son 1500 años de odio cristiano a los judíos. Odio que se expresará después en la primera experiencia de dominación real que tendrá Europa en el Nuevo Mundo (imposible ante árabes o hindúes o chinos

que, hasta el siglo XVII, eran superiores en todo a una Europa atrasada y marginada del comercio mundial), al realizar un proceso de subjetivación de ese dominio que se formalizará en las categorías básicas de la filosofía moderna. De modo que ese odio se transforma en odio a todo lo que no es europeo; con el aditamento de que, desde el siglo XVI, Europa se convierte en centro del sistema-mundo moderno (con el robo del Nuevo Mundo), desde donde reorganiza a la humanidad, expandiendo su economía militarmente, destruyendo las economías mundiales y subsumiéndolas en torno a la lógica del capital: el excedente no es más propiedad de la humanidad sino del capital y la división mundial del trabajo consiste en suministrar al mundo moderno europeo todo aquello que le apetece. Por eso Adam Smith analiza como último capítulo de la economía liberal, la defensa de la riqueza. La imposición y la defensa del sistema-mundo moderno fue desde entonces bélica, que es la instancia siempre presente en la conservación de este sistema de cinco siglos.

El señor es siempre magnánimo si el esclavo se somete voluntariamente, que es el modo como entiende su política: “la dominación legítima sobre obedientes”, como lo expresa Weber, el teórico de la dominación. Como ninguna dominación es legítima, pues se realiza por coacción, del mismo modo, si hay legitimidad no hay obedientes, pues la obediencia es sólo sumisión (esa definición weberiana es un puro contrasentido). Por eso el señor puede parecer hasta simpático, sobre todo cuando hace de la caridad un espectáculo; mientras, por otro lado, apoya políticas que condenan a las grandes mayorías a la miseria. Cuando aparece la rebelión es cuando el señor empieza a sacarse la máscara y mostrar su verdadero rostro. Es cuando 2000 años de negación de toda otra humanidad que no sea la suya, le empujan a desatar un odio milenarista que le exige sacrificios: los “herejes” deben ser quemados en las hogueras para expiar el pecado de todos, porque se han atrevido a rebelarse y la pena por la rebelión es la condena eterna, de modo que él se vuelve un “escogido” y 2000 años le dan la razón. Él es el héroe que devuelve la paz a la “ciudad de Caín”, el orden al “reino del milenio”; el capital reclama sacrificios y él está dispuesto a ofrecérselos. Por eso aparece la insurrección señorial y en el éxtasis que le provoca resurgir como cruzado –bajo la misma consigna de Bernardo de Claraval: “si ya no existe la misericordia tampoco se dará el sentimiento de la compasión”–, portando las cruces que también llevaban los templarios (de quienes decía un sultán otomano: “es inconcebible esa sed que tienen de sangre y muerte, al grado de desear con los ojos abiertos la propia muerte”), no puede estimar ni ser consciente que al acabar con todos acaba consigo mismo. La conciencia de que asesinato es suicidio es imposible para una racionalidad que no es capaz de hacerse responsable de las consecuencias que provoca. Cuando la racionalidad moderna formaliza aquel odio milenarista y encubre este fundamento ideológicamente, es cuando la negación y exclusión del otro, su constitución histórica despojada, aparece como natural: los pobres son porque así lo

El gran peligro es el desmembramiento del país, en una estrategia seguida por la oligarquía boliviana, que no admite diálogo alguno y enarbola la consigna de la intolerancia bajo el lema de “todo o nada”.

quiso Dios. El robo queda justificado y ya no aparece como robo sino como “aprovechamiento de oportunidades”. Los piadosos del Dios de este mundo (del “In Gold We Trust”), fieles a su tradición sacrificial, milenarista, no temen a la destrucción de todo, es más, la desean, porque así creen que su salvador aparecerá desde el cielo e impondrá la tierra nueva; creencia que aparece en la edad media europea y resurge cada vez que el orden se siente amenazado.

Pero la palabra no habla de un Dios de la muerte sino de la vida, y el Mesías recuerda los Salmos cuando declara: “misericordia quiero no sacrificios”; es decir, la palabra se realiza en la justicia, por eso las bienaventuranzas son dadas a los pobres, no a los ricos, porque éstos quitan al pobre su jornal y eso entregan como ofrenda. En los profetas eso es abominación, es como sacrificar al hijo en vista del padre; la exhortación es clara: “si quieres seguirme abandona tus cosas y dáselas a los pobres”, porque la vida en torno de la riqueza no redime a nadie sino que maldice a todos. La ética moderna es anulación de toda ética. Por eso la apuesta por los necrocombustibles no considera la vida del planeta y la humanidad, sólo las ganancias que se estiman por la demanda creciente en el primer mundo. Si sólo el acuerdo entre Bush y Lula ya provocó el alza del precio de los alimentos en toda la región, ¿qué pasará cuando el acuerdo sea producción acelerada, en desmedro de la alimentación de nuestros países?, sumado a esto los desastres que ocasionará una producción masiva y acelerada, en el frágil ecosistema de la región. La ciencia moderna primero pretendió desligarse de la teología, luego las ciencias humanas pretendieron desligarse de la filosofía, ahora la economía y la política desterraron de sus dominios a la ética; si esto es así, no es raro que un ideólogo del neoliberalismo, como Hayek, afirme que: “demandas de justicia son sencillamente incompatibles con cualquier proceso natural de carácter evolutivo”. El mercado moderno neoliberal se presenta como “natural”, de modo que el que se oponga a éste resulta estar en contra del “proceso natural de carácter evolutivo”. La racionalidad moderna expresa de tal modo su propia lógica: subordina no sólo la historia y la humanidad, sino también la naturaleza a sus propias exigencias. Agravando la cosa, subordina a la realidad, por eso anula toda ética; porque si la ética (desde Aristóteles hasta Habermas) es la relación práctica que establecen entre sí los seres humanos, acabando con éstos y con lo que les hace posible la vida, la tierra, se acaba con lo que hace posible toda ética. Si no hay vida no hay nada; y una ética que no considera la miseria del 50% del planeta y la crisis medioambiental producida por una racionalidad que sólo

estima sus beneficios y no se responsabiliza por las consecuencias que provoca, no es ética. Se trata más bien de la moral del ladrón y del asesino. Es Caín contra Abel.

III

“Dice el insensato en su corazón: no hay Dios”. Por tanto no teme escupir al cielo y a la tierra sus mentiras, por eso destruye la democracia en nombre de la democracia, se burla de toda ley en nombre del imperio de la ley, pisotea los derechos de los demás en nombre del derecho de todos, en nombre de la paz y la libertad persigue y golpea. Ayer fueron indígenas en Santa Cruz, en Cochabamba; luego son constituyentes, representantes elegidos democráticamente, los agredidos. La sedición empezó siempre así. El gobierno de Allende fue el laboratorio donde el imperio aprendió cómo desestabilizar una democracia desde adentro; la especulación y la subida de precios son parte de una estrategia de erosión de la economía; sobre todo cuando, como en nuestro país, el estado se encuentra imposibilitado del control de precios de la canasta familiar y todo está diseñado para que el mercado los regule, es decir, para que el empresario haga su agosto. Lo mismo sucede con el boicot parlamentario, que imposibilita al gobierno a realizar cambios estructurales (hasta el colmo de acusarlo constitucionalmente, como hicieron con Allende) y le priva de todas las atribuciones que gozaron los gobiernos de derecha. No otra cosa fue la inconstitucional elección de prefectos, para desarmar el aparato político del Estado.

Desarmando política y administrativamente al estado, juegan a la desintegración de éste; pero eso no les importa, su ceguera es la misma en 180 años. Así desmembraron la unidad territorial de este país, que quedó reducido a menos de la mitad en su vida republicana; otra escisión más no les importa a quienes jamás tuvieron conciencia nacional (y menos todavía a la oligarquía cambia, que es más chilena, brasilera o croata que boliviana). Como en el Chile de Allende, les queda el golpe, auspiciado siempre por la embajada gringa; en tal sentido el nombramiento del embajador Goldberg es estratégico, pues se dice que fue uno de los artífices de la desmembración de la ex Yugoslavia, que es lo que viene después de toda esta antesala de conflictos digitados desde las prefecturas, los comités cívicos, las universidades, los que gozan siempre de ingentes cantidades de dólares a repartir donde se puedan comprar conciencias para acentuar más los conflictos.

En esta hora crítica nuestro pueblo debe saber mostrar cuánto ha acumulado como capacidad histórica. Porque el pueblo no se constituye de una vez y para siempre, la forma de su constitución es su constante autodeterminación. Enfrentado a la intransigencia señorial, que siempre tratará de desarticularlo, se enfrenta siempre a la capitulación. Por eso su aglutinación no puede ser efímera sino firme e inquebrantable. Si en el proceso de resistencia eso era

**Ayer fueron indígenas en Santa Cruz,
en Cochabamba y en Sucre;
luego fueron constituyentes,
representantes elegidos
democráticamente, los agredidos.
La sedición siempre empezó así.**

necesario, lo es más en el proceso de constitución de un orden nuevo. La oligarquía en el “todo o nada”, ya ha apostado a la destrucción total. Consciente de que no puede recuperar el gobierno de todo el país, opta por la escisión y para eso moviliza a sus contingentes, a su reserva de reclutamiento (sus nuevos sayones, que dan la cara por otros), para provocar y justificar la insurgencia. Después de la concentración de los abuelos y abuelas en Santa Cruz, no le queda sino la confrontación directa, promovida en la última reunión autonómica, donde los prefectos ya calculan sus intereses; de modo que lo que se perfila no es ni siquiera otro país, sino seis republiquetas, enfrentadas después las unas a las otras. El laboratorio de los Balcanes hace ver un modelo de lo que sería todo aquello. La última declaración de los senadores, exhortando al gobierno a no permitir la injerencia del presidente Chávez, es otra de las estrategias, pues representa el colchón congresal que le brindará justificación posterior a una intervención gringa. Provocada la insurgencia, sobre todo en Sucre y Santa Cruz, se buscará el enfrentamiento (en Sucre esperan que La Paz se movilice para derramar sangre), lo cual justificará una intervención (diplomática primero), y el senado (vacío el tribunal constitucional) acusará de inconstitucionalidad al gobierno, haciendo una sucesión constitucional para que el poder ejecutivo recaiga en manos de la derecha (PODEMOS, UN y MNR, donde se prevé que se pelearán, como de costumbre, y tendrán que “pactar”, repartiéndose el patrimonio nacional); tendrán que disolver el congreso, pero disolverán antes la Asamblea Constituyente, después derogarán el decreto de nacionalización, la ley de tierras y todas aquellas medidas que ha realizando el gobierno de Evo Morales.

Todo esto presupone la existencia de una derecha por lo menos compacta y consistente, pero inteligencia no le sobra; así que la primera instancia, la más descabellada, es la más probable. No hay peor contrincante que el más predecible. Y la oligarquía boliviana, además de fascista, nunca ha poseído las virtudes de la prudencia y el tacto; por eso su historia política está llena de traiciones y vilezas; por eso ha arribado a este desenlace abanderando la soberbia y la ignorancia, como único patrimonio en el baúl de sus evocaciones. Por eso ofrece, como única perspectiva suya, la disgregación de su propio país. ☐

Rafael Bautista S. Escritor boliviano, estudió música y filosofía. Ha sido finalista en el Premio Nacional de Poesía Yolanda Bedregal - 2003 y en el Nacional de Cuento Bartolomé Arzans y Orzua FIC-2004. Entre sus libros, pueden citarse: *La Intimidad*, *La Memoria Obstinate y Octubre*; *El Lado Oscuro de la Luna*.